

Y en ese amanecer
que siempre nos oculta flor y fruto,
y en ese perecer
del beso que disfruto,
quién ordena el llanto o el placer?

Avanzo, solo, ahora,
con la rosa y la lágrima en la mano,
pues ya perdí la aurora
que me entregó tu mano
y es inútil buscarla ahora, ahora...

ALLEN PÉREZ CHAVERRI

Costa Rica, 1946.

LEYENDO

«ASI ES COSTA RICA»

(Envío del autor México, D. F.)

...Trata de explicarse a Costa Rica. Nos ha visto lo que no solemos vernos'. García Monge

Caso insólito éste, el de Alfonso Reyes H., a quien el nombre del otro, más proyectó en el historial literario americano, traslapa como un rey de baraja; pero que a poco andar, descubre otra corona como rey de la observación fisgona y oportuna. Caso insólito, decimos, en un diplomático que saliéndose del expediente oficial, encuentra, como todo un hombre de verdad, un mundo informal y cálido donde la etiqueta del discurso de presentación no tiene nada que hacer.— Alfonso Reyes H., estuvo hasta hace poco, durante dos años, en Costa Rica, cuyo mapa tiene el recorte geográfico de un caballito que salta, con las piernas encogidas; y algo, también, del de México, según la sagaz mirada del autor.

Y como mis amigos de esto saben que yo nací «por ahí, por la Catedral» de San José, y que todavía llevo en el corazón el musgo fino de las selvas del Poás, me encargan que comente el libro de Reyes; quizás no por mayor gusto, pero sí por menor trabajo. El libro de Reyes es un apunte; pero allí donde mi estimadísimo amigo y antiguo Editor—García Monge,—ve «un turista entendido» yo veo un peregrino de los que tienen su «Itinerario de París a Jerusalén»; de los que escarban, van y vienen, sueñan y aman, al amor ventilado de una brisa incontenible del espíritu. Y dan ganas de de-

ESTE LLAMADO...

Editorial IDEAS, la Revista de las Mujeres de México, prepara el *Album de la Poesía Femenina Americana*, a cargo de la escritora y poetisa mexicana, Josefina Zendejas.

Envíe Ud. gentilmente a ésta sus composiciones, datos biográficos, bibliográficos y, si lo desea, su fotografía, para dar fin a la Obra lo antes posible.

Editorial IDEAS agradecerá la reproducción de este llamado, lo mismo que las direcciones de personas a quienes les pudiere interesar.

JOSEFINA ZENDEJAS

Avenida Oaxaca, 80. México, D. F.
Suscripción anual a IDEAS, 1 dólar:



cirle: «Gracias, Reyes H., por tu libro—Si parecés de Heredia, o de Atenas, o de San Chepe!» Y el que lea *Así es Costa Rica*—Visión de un Mexicano—, se explicará por sí mismo el provincianismo de este saludo. Porque Reyes H. ha tenido que probar primero los *jocotes* de Escasú, los aguacates de Alajuela o los mangos de Puntarenas para decir que ha recibido, con el zumo perfecto, la copa de la iniciación en la vida costarricense. Abierta al mundo, como a los soplos todos del alma, la tierra en que nació tiene una inferioridad múltiple, lejana del ojo estéril que usa, en vez de este órgano, la cámara fotográfica. Costa Rica, como lo apunta Reyes H., es una Grecia arcaica; y hasta sus cementerios, motivo de ritos y de fiestas, tienen el aire de coqueto jardín que los griegos pusieron en los suyos, entre las estelas y los dioscellos melancólicos.

Después de darnos una «introducción» de naturalista, como lo hubiera hecho antes la progenie ilustre de Humboldt, Reyes H. se adentra en el temperamento del «tico» con una substanciosa certidumbre; le descubre «lo griego» hasta en las sornas, las mutuas desconfianzas, el sentido ahorrativo, la independencia de vida y el alejamiento de las amistades superficiales. Esto da al costarricense una «introversión» constante. Es el ciudadano de América que más lee, que más sueña. Y como sus costumbres y su literatura son plácidas, las instituciones resplandecen con el esmalte del sueño por su uniformidad y por su placidez.

Pero su política no es, desgraciadamente, lo que cree Reyes H., ya que no es sólo un *modus operandi* sino, sobre todo, un *modus vivendi*, como en todas partes. Sólo que el político costarricense guarda, por instinto, por educación y disciplina, una dietética que no admite millones ni desusados esplendores: hasta su ambición y su sentido de la riqueza tienen un límite neto; aquél de «ni envidioso ni envidiado». Pero existen los golosos, como aquí, como en China.

Los costarricenses son andariegos como los gallegos. Casi todos lo son: gallegos y andariegos. Practicistas, cuya atención no se oblitera muy fácilmente por señuelos impalpables, gustan de acabar carreras profesionales, o echarse a andar por el planeta, muchas veces en busca del «trifinus melancólico», que luego hallan a la puerta de su casa. Yo soy uno de éstos, y hace ya más de un cuarto de siglo que «cayendo aquí, levantándome allá», como decía Cervantes

de Don Quijote, dejé corrales y cobertor en la casa de mis mayores para hacer, precisamente, el revés de lo que hace, tan bien hecho, Reyes H. Porque mientras él habla de Costa Rica, yo guardo silencio sobre México; hasta que, si Dios no lo repara, hable yo también de su prodigioso país, tan mío como puede serlo de Avila Camacho o de Alemán. ¡Pues qué! ¿No es acaso, un trozo de «mi» América?—

La visión de nuestras ciudades y de nuestros campos, que Reyes H. perfila de mano maestra, me ha vuelto a cubrir de aquel rocío del alma que hace tiempo no caía en mis ojos; el mismo que veló la luz de mis primeros años. Así es San José. Así es Cartago, «fecunda en pastos», que diría Homero; así Alajuela, dorada como un fruto próximo a caer, de puro gusto, contra el suelo... Y así es Liberia, donde hay tanta Nicaragua como Costa Rica en una convivencia morena de montaraces de potro.

Mis amigos no saben lo que es una selva en Costa Rica, un río de éstos, que truenan a leguas de distancia; ni una naranja de aquéllas, que prueban primero las abejas para decirle al hombre que puede comerla. Ni aquellos cafetales, que duermen, floridos y perfumados a la sombra de los hermosos «cuajiniquiles» de Tres Ríos o de Desamparados, y donde, a lo mejor, te sale al paso, lector mío, un campesino que te dice, entre amistoso y desconfiado: «Ydiay, hombre! ¿Te enamoraste del potrerillo?»... Y ese «Ydiay» es como el «quíbole», que usamos por acá, y que contiene una pregunta tan grande como el gusto de no poder decir nada en concreto.

Pocos libros «de visita» tan leales e inteligentes como éste. Dan ganas de enviarte, libre de porte, Reyes H., la carta de ciudadanía costarricense con lacito de bandera y una bandeja de duraznos de Cartago y mangos de Echeverría. «Que Dios te lo pague vos...»

RAFAEL CARDONA

Si quiere suscribirse al
Repertorio Americano
diríjase a
F. W. FAXON Co.
SUBSCRIPTION AGENCY
83-91 Francis St., Back Bay
BOSTON, MASS., U. S. A.